

Filosofía del Dojo

Por José Sánchez.

Dojo es una palabra japonesa que significa lugar (jo) donde se practica el camino (Do). Frecuentemente se asigna ese nombre al centro o sala donde se entrenan artes marciales, aunque, originalmente, en budismo, se refería al lugar donde uno se encuentra a sí mismo y practica la meditación.

Profundizar en el significado, tradición y uso de la palabra Dojo nos aporta una luz sobre la práctica. E investigar si esta acepción tiene validez y sentido en nuestro arte y en nuestro tiempo puede ser interesante.

Para que el Dojo sea el lugar donde se practica el camino es necesario que el practicante mantenga una relación especial entre la sala, el entrenamiento y su intención sincera. Si se produce, el Dojo pasa de ser una simple estancia a un lugar sagrado, que simboliza la profundidad de la unión entre el alumno y el arte.

Esta ligazón se produce porque el Dojo es el lugar de práctica de la concentración, meditación, aprendizaje, fraternidad y respeto a los compañeros. En él compartes clase con un niño, con un anciano, con personas de diferente sexo, ideas o condiciones, sin por ello cambiar tu actitud. Para un alumno serio, el Dojo es el espacio donde madura su persona y permite que el espíritu se forje.

En la sociedad actual los Dojos han sido sustituidos por centros deportivos, siendo muy grande la diferencia entre ambos. Los ejercicios, sea en el centro deportivo o en el dojo pueden ser los mismos, pero la esencia, alcance y objetivos son opuestos. Entrar en un centro deportivo exige dinero, entrar en un Dojo exige algo más. En la tradición a veces se requerían años de permisos, peticiones o trabajos de limpieza, o administración antes de ser admitido en una escuela que entrenaba en un Dojo particular. Es evidente que estas exigencias parecen obsoletas hoy en día y también parece obvio que esas normas pueden desembocar en una autoridad absurda. Sin embargo, respetar un lugar, que normalmente es sencillo, simple, semivacío, austero y crear en él un espacio único puede estar lleno de sentido.

En un centro deportivo el alumno cree escoger al maestro. En un Dojo es el maestro quien mediante el nivel y apertura de su

enseñanza elige a los alumnos. El maestro conoce de antemano la forma de práctica de un alumno, su asistencia y su progreso, sin necesidad de ver su técnica. Una de sus observaciones se centra en la actitud que el alumno mantiene. Si esta es limpia, clara, sincera, crítica y respetuosa, el alumno crece y evoluciona.

Esta actitud se desarrolla entre otros aspectos por la ligazón que establece el alumno con el Dojo. ¿Llega puntual? ¿Cómo abre la puerta? ¿Con ruido? ¿Pide permiso antes de entrar a la sala? ¿Cómo y donde deja su ropa, sus zapatos, su camiseta, sus protecciones, sus gafas? ¿Trae consigo su teléfono móvil? ¿Lleva reloj en clase y lo mira con frecuencia? ¿Va al servicio antes de entrar para no tener que salir en medio de clase? ¿Está atento a las necesidades de la sala? ¿Cuida el equipamiento de entrenamiento? ¿Ante cualquier ruido externo el alumno deja que gire su cabeza, permitiendo que la distracción una y otra vez, día tras día, gobierne su mente?

En la medida que el alumno establece una relación particular con su centro de entrenamiento, éste comienza a ser su Dojo. Las formas externas de presentación, entrada, salida, saludo y vestimenta son simplemente un medio de fortalecer o crear ese vínculo. Hoy en día la presentación a veces desemboca en autoridad y miedo, la entrada y la salida en anécdota, el saludo en rito mal entendido y la vestimenta en una oportunidad para el merchandising indiscriminado. Tales actitudes pueden pertenecer a un centro deportivo pero no a un Dojo.

La relación especial que comentamos con el Dojo se puede extender al profesor, la enseñanza o el Arte. En cualquiera de las situaciones no se debe caer en una simple muestra de autoridad, adulación o sometimiento cerrado. En esos casos el respeto es un miedo soterrado. Ahí aparece el extremo opuesto, propio de un abandono de la búsqueda e investigación personal para caer en la comodidad y seguridad que el maestro, el Arte, la enseñanza, los compañeros y también el Dojo nos aportan. En este caso la práctica no libera sino que ata.

En la medida que el vínculo crece e internamente lo dejamos crecer por nuestra intención sincera, se une al de la enseñanza, al de la propia práctica y al objetivo de la misma. Empieza a trascender la sala para tocar e impregnar con esa esencia la totalidad de la existencia. Abres las puertas del Dojo y extiendes sus muros que acaban por derrumbarse. Entonces el Dojo es cualquier lugar, puesto que cualquier lugar es perfecto para templar y fortalecer el espíritu. La técnica específica abarca cualquier situación, puesto que los principios y raíces si están entendidos se enfocan en cualquier parcela. La relación especial con el profesor, con la enseñanza o con

uno mismo crece de igual manera en todos los instantes, no sólo en el lugar de práctica, alcanzando a todas las personas.

En ese momento la técnica desaparece, no hay división ni ruptura, conflicto o dualidad.

La fluidez, la espontaneidad, el devenir, la aceptación y la evolución son la base y sustancia sin sustancia de todos los contextos.

Es entonces cuando el Dojo, el maestro, la técnica, el Arte, el alumno, la vida son uno.

José Sánchez
Director Técnico Escuela Wu Chi